# I

VOY a hablarte del heroísmo en cualquier oficio y del heroísmo en cualquier aprendizaje.

AQUEL hombre, hijo mío, que vino a verme esta mañana—¿sabes?, el de la cazadora color de tierra—no es un hombre honesto. A dulce, a fiado, a trabajador, a buen padre de familia, pocos le ganan. Pero este hombre ejerce la profesión de ca-

ricaturista en un periódico ilustrado. Esto le da de qué vivir; esto le ocupa las horas de la jornada. Y, sin embargo, él habla siempre con asco de su oficio, y me dice: «¡Si yo pudiera ser pintor! Pero me es indispensable dibujar esas tonterías para comer. ¡No mires los muñecos, chico, no los mires! Comercio puro...» Quiere decir que él cumple únicamente por la ganancia. Y que ha dejado que su espíritu se vaya lejos de la labor que le ocupa las manos, en lugar de llevar a la labor que le ocupa las manos el espíritu. Porque él tiene su faena por vilísima.—Pero dígote, hijo, que si la faena de mi amigo es tan vil, si sus dibujos pueden ser llamados tonterías, la razón está justamente en que él no metió allí su espíritu. Cuando el espíritu en ella reside, no hay faena que no se vuelva noble y santa. Lo es la del caricaturista, como la del carpintero y la del que recoge las basuras y la del que llena las fajas para repartir un periódico a los suscriptores. Hay *una manera* de dibujar caricaturas, de trabajar la madera y también de limpiar de estiércol las plazas o de escribir direcciones, que revela que en la actividad se ha puesto amor, cuidado de perfección y armonía, y una pequeña chispa de fuego personal: eso que los artistas llaman *estilo propio,* y que no hay obra ni obrilla humana en que no pueda florecer. Manera de trabajar que es la buena. La otra, la de menospreciar el oficio, teniéndolo por vil, en lugar de redimirlo y secretamente transformarlo, es mala e inmoral. El visitante de la cazadora color de tierra es, pues, un hombre inmoral, porque no ama su oficio.



Hijo, tú eres un niño aún, pero yo hablo en ti a todas las almas jóvenes que están o han de estar pronto en estudio y en aprendizaje, y mañana en oficio, cargo o dignidad. A todos quiero decir la moral única en el estudio y en el aprendizaje, en el oficio, cargo y dignidad. Además, nunca es tiempo perdido el que se emplea en

escuchar con humildad cosas que no se entienden. Estas cosas trabajan los dentros y llega día en que el provecho se encuentra... Está, pues, quieto. Deja, niño, tus manos descansar en las mías. Mira, con ojos extrañados, salir de mi boca las palabras, con un movimiento de labios y de dientes.—La palabra *espíritu* te la he de repetir mucho. Y tú me preguntarás, tal vez, qué cosa sea. Tú no lo puedes saber de fijo, y creo que yo tampoco. Pero bien está que hablemos de ello siempre, que, si nosotros no le entendemos, él, el espíritu, a nosotros sí nos entiende y nos da mejor disposición a entendernos los unos a los otros, y, por consiguiente, a hacernos mejores.



TE digo, pues, que mi visitante el caricaturista es hombre inmoral, porque no pone espíritu en su faena. Tampoco es lo bastante honesto aquel otro señor, el de las gafas, que sabe contar cuentos tan lindos y que viene a tomar el té algún domingo por la tarde. Ese trabaja en un diario; es periodista. Y también habla de su profesión como un presidiario de su condena: «No se puede hacer literatura allí... ¡Ah, la literatura!... ¡Pobre de mí, que he tenido que abandonar la literatura!» Sí, pobre de él, pero no por lo que él cree. Pobre, porque no sabe unir su amor a la literatura con el trabajo que cumple. Se queja porque tiene que redactar esas notas

cortas sobre acontecimientos vulgares, que llamamos gacetillas. Pero ¿quién le impide redactar las gacetillas con belleza? Belleza no quiere decir ornamento, sino armonía y adecuación delicada de la cosa a su destino. Una gacetilla puede ser bella, como puede serlo un trabajo de carpintería, y una faja de periódico bien llena, y una recogida de basuras llevada a cabo con perfección y encendido gusto por la limpieza que así se obtiene. Si este amigo nuestro redactase las gacetillas con perfección y gusto por el resultado, insensiblemente transformaría su faena y la tornaría en bien alta.

Yo sé de otro periodista que está orgulloso, y con razón, de haberlo cumplido así, con un trabajillo cotidiano y humilde que le fué encargado en sus comienzos. Para entrar a trabajar en los diarios, cuando aun era mozo, aceptó la carga de una sección tenida hasta entonces en gran bajeza. Su misión era la de redactar notas



cortas, de las que sirven para divertir al lector del negocio, reposándole de las cuestiones serias y de las preocupaciones del día, con la narración—bajo título de «Sección amena», «De aquí y de allá», «Curiosidades» u otro por el estilo—de cositas ligeras y grotescas: del caso del mentecato que anda con la cabeza, de los divorcios cómicos o de las apuestas imbéciles en los Estados Unidos, y otros asuntos de la misma entidad. Pero ese escritor que te digo tomó sobre sí la carga con alegría. Procuró llevar al oficio espíritu y amor. No le tuvo por vil, sino por redimible, si voluntad y paciencia a ello se ponían. No se avergonzó, mas aspiró al elogio por camino de aquél. Espíritu y amor no tardaron demasiado tiempo en cumplir el milagro que se solicitaba: secretamente, por un insensible cambio, el linaje de la labor se transformó. Hoy está desconocida, siendo la misma, sin embargo. Los que no recuerdan su obscuro origen la tienen por

un género nuevo. Hoy, el trabajo en los periódicos, del escritor que te digo, es tenido por los unos en bien, por los otros en mal; mas por todos, como trabajo de Filosofía, que es la más elevada y difícil de las actividades intelectuales.—Pero yo te digo que cualquier oficio se vuelve Filosofía, se vuelve Arte, Poesía, Invención, cuando el trabajador da a él su vida, cuando no permite que ésta se parta en dos mitades: la una, para el ideal; la otra, para el menester cotidiano. Sino que convierte cotidiano menester e ideal en una misma cosa, que es, a la vez, obligación y libertad, rutina estricta e inspiración constantemente renovada.



CUALQUIER trabajador puede tener por patrón a Bernardo Palissy, el gran artesano. Este es quien mejor llegó a la grandeza, y llegó a las más elevadas maneras de ser que se alcancen en el mundo: magnífico artista, sabio inventor, maestro de ciencia, escritor de nombradía, hombre de sociedad, a su manera, y aun de sociedad cortesana y selectísima, y héroe de la vida religiosa, ejemplo y espejo de conciencias, sin dejar nunca de ser artesano—pero precisamente por serlo siempre y por haber realizado bellas invenciones dentro de su oficio, y llevado el mismo a una perfección soberana. Él no mudó de menester más que lo necesario para pasar de artesa-

no en vidrios de color, que fué en sus comienzos, a artesano de la cerámica, que fué más tarde, y que continuó siendo toda su vida. Pero, puesto en menester de ceramista, se elevó del trabajo de la fayenza al de la porcelana. Y volvió a encontrar el secreto de las pastas más finas y gentiles, secreto que habían poseído los chinos y se había perdido más tarde. Trabajaba en un horno para cocer sus tierras, y allí, siempre buscando, siempre buscando, encontró al fin. Como no conocía otro afán que el de esas invenciones, tuviéronle sus vecinos por orate acabado. Un día, como practicase una de sus cocciones, quemó el techo de la casa. Él y los suyos pasaron por largos años de miseria. Triunfó por fin: fabricó las pastas más bellas que jamás hubiesen visto ojos de hombre en tierras de Occidente. Entonces fué cuando aun, de inventor, subió a artista. Dió vida, en las materias por él mismo inventadas, a mil perfectas obras de arte. Las decoraba con



las figuras de los animalillos más variados: caracoles, lagartos, peces coloreados que lucían en maravillosos reflejos. Para cumplir este trabajo, el artista quiso ser más aún: quiso ser sabio, y estudió aplicadamente la naturaleza y las ciencias de la naturaleza. Y después fué, además, escritor, porque redactó en forma sabrosa las reglas de su arte y su proyecto de embellecimiento de jardines y los recuerdos de su vida. Y a los cabos de ésta se hundió en la Biblia, y, como era tiempo de luchas religiosas en Francia, Bernardo Palissy fué perseguido por su fe y le encerraron en un castillo, y así, por su fe, fué mártir. Como desde hacía algún tiempo frecuentaba la Corte y el rey le tenía cariño, acudió éste a visitarle en la prisión, y parece (y esto lo dice, si no la historia, la buena leyenda) que le ofrecía la libertad a precio de una abjuración, aunque sólo fuese aparente, de su creencia. La contestación de Palissy fué digna de su perfecta conciencia

de artesano. Rehusó altivamente. Porque había trabajado su conciencia como una de sus obras de arte. Y no por dinero las hacía, sino por amor a su oficio, y a la perfección de su oficio y a los resultados de su oficio.



HAY unos bárbaros modernos que han inventado, para arma de sus luchas, el estropear con intención, o hacer incompleta, o voluntariamente inferior la obra que componen las propias manos. Esto es lo que se llama *sabotage,* que en castellano se diría «zuecazo», para evocar la imagen de hombres que destruyen a golpe de zueco las más delicadas fábricas de mano de trabajador. Estos hombres son malvados y el zuecazo una gran blasfemia. Porque el hombre jamás tiene completo derecho sobre la obra que hace. El derecho de ella es superior al de él. Y así, el deber del hombre está en sacrificarse por su obra, y jamás sacrificarla a otros fines...

Contra ese mal moderno, válganos el ejemplo y el patronaje de Bernardo de Palissy. El ejemplo y el patronaje de Palissy pueden darnos a todos la lección esencial de llevar amor y espíritu al propio oficio, para darle así dignidad más alta...—Y a ti, hijo mío, porque me escuchaste tan reposadamente; porque no separaste de las mías tus manos, y porque has mirado, con un poco de extrañeza nada más, salir las palabras de mi boca; ahora que se acerca Navidad, y se alegra nuestra ciudad con la llegada de la feria de Santa Lucía, yo te compraré una pequeña obra de artesano humilde, una de esas primitivas figuras de Nacimiento que allí se mercan. Habrá en ella unas ocas y un puerco, y un leñador con su gorro, y una viejecilla sentada, hilando la rueca. No tendremos en ella una obra de arte de la tierra, de perfección comparable a las de Bernardo Palissy. Pero su desconocido autor acaso sea un enamorado y un enternecido por la pro-



pia faena. Y, por consiguiente, un hombre más honesto que nuestro visitante el caricaturista de la cazadora color de tierra y que nuestro visitante el periodista de las antiparras.

# II

PERO no todo ha de ser jugar a Nacimientos y no todo ha de ser abrir ojos maravillados a los resplandores del espíritu y los resplandores de la tierra. Bien está el maravillarse, pero está mejor el comprender. Siga, al escuchar las cosas y al dejarse blandamente penetrar por ellas, el duro estudiar.—Hijo mío, ya sabes leer, ya eres un colegial, ya eres un Estudiante. Un peligro te espera y espera, sobre todo, a tus maestros y directores. A éstos quisiera ahora hablar mejor que a ti.

El arte de ayudar y guiar a los estudiantes se llama Pedagogía. Y el peligro de la Pedagogía está, como el de tantas cosas,

en la ideología romántica. Todo un siglo ha padecido bajo su poder. Desde Rousseau hasta Spencer, y aun más tarde, ella ha impuesto, en la obra de enseñanza, con la superstición de los espontáneo, la repugnancia a los que hemos llamado, desdeñosamente, «medios mecánicos», o «medios librescos», y sensibleramente, «medios fatigosos» de aprender. Se dice que esta pedagogía viene ya del Renacimiento. Pero hay aquí, me parece, algún error. Casi nada es, en el siglo XIX, continuación del Renacimiento. Rousseau abre un ciclo mental, no ya distinto, sino contrario al iniciado por Rabelais. Hay en el gran libro de éste un admirable capítulo en que se contiene toda su doctrina pedagógica, aquel capítulo matriz sobre la reforma de lá educación de Gargantúa. Lo que le da sentido es su exaltación del esfuerzo, de la tensión en cada hora, en cada minuto, su espíritu de voracidad, de gula intelectual, característicos del humanismo. ¿Qué tiene



que ver romanticismo con humanismo? Comparemos el *espíritu heroico de la educación y del aprendizaje* que estalla magníficamente en el *Gargantúa*, con las blanduras del *Emilio* rousseauniano, de donde ha salido la ralea infinita de las blanduras modernas: claramente podremos ver que en estas últimas hay ya un principio de retorno a la sensualidad viciosa, oprobio de los primeros maestros del Gigante y de que le redimieron sus nuevos maestros renacentistas.

LOS psicólogos, al estudiar los hechos de la vida mental, han reconocido ya en muchos de ellos, no una sucesión de dentro a fuera, sino de fuera a dentro. Quiere esto decir que su origen no se encuentra en la misma mente, sino en lo exterior, en el corporal movimiento, en el gesto, en la actitud. Entonces aquellos afirman que el fenómeno de que se trata tiene un *origen periférico*. Así, en la teoría de las emociones, se ha popularizado ya la aparente paradoja de que *no lloramos porque estemos tristes, sino que estamos tristes porque lloramos*. Así, en la cuestión de la creencia, la intuición formidable de Blas Pascal alcanzó ya a aquel «¡Lo



primero, tomar agua bendita!», a que podría darse forma análoga a la anterior, diciendo que *no tomamos agua bendita porque creamos, sino que creemos porque tomamos agua bendita*. Así también, en lo que se refiere a la adquisición de conocimientos, múltiples hechos alegados por los hombres de ciencia nos conducen a la tesis de *la prioridad del conocimiento sobre el interés;* porque es caso demostrado que, para que el *interés* se despierte por algo, es ya necesario, como previa condición, *algún conocimiento* de lo que llega a interesar; no siendo acaso el interés, sino la traducción afectiva de aquel conocimiento.

Cabría afirmar, por consiguiente, que no sabemos las cosas porque anteriormente nos hayamos interesado en ellas, sino que nos interesamos por ellas, porque antes las hemos, hasta cierto punto, sabido. Pero saber las cosas no quiere decir sino *poder recordarlas en un momento*

*oportuno*. De manera que substituiremos legítimamente la anterior fórmula por la que sigue: *No recordamos las cosas porque ellas nos hayan interesado, sino que nos interesan por el recuerdo que ya tenemos de ellas.* Es decir, que el movimiento de la actividad mental para llegar al conocimiento de un objeto, ha de ser de índole mnemónica. He aquí, pues, un principio de erudición del valor pedagógico de la memoria, y aun de la memorización, y aun del memorismo. El evangelio del conocimiento humano puede explicar su génesis así: «En un principio era la Memoria.»



TAL vez ya es hora de rehabilitar el valor del *esfuerzo*, del *dolor*, de la disciplina de la voluntad, ligada, para decirlo de una vez, no a aquello que place, sino a aquello que desplace. Hay en toda adquisición de conocimiento, como en toda invención *(aprender* una cosa, ¿no es, desde el punto de vista de la actividad mental, lo mismo, en el fondo, que *inventarla?)* un momento, que llamaríamos milagroso, si no fuese porque la moderna teoría de lo subconsciente como almacén biológico, desde donde las cosas pasan, en un momento dado, al campo de la conciencia, parece proporcionarnos una explicación aproximada del fenómeno. Este momento, mo-

mento de gracia, separa de una manera casi brusca el estado de no posesión del estado de posesión del conocimiento de que se trata. ¿Recuerdas, Estudiante, lo que te ha ocurrido en cada uno de tus aprendizajes de un idioma nuevo? Acuérdate, acuérdate. Hubo un día, una mañana, una hora, en que, al emprender la lectura de un libro, al empezar una conversación, o simplemente al levantarte de la cama, *te diste cuenta de que sabías el francés o el inglés o el latín*. El día anterior, la noche precedente, la hora inmediatamente anterior, *no poseías aún esta lengua*. Desde aquel punto, la *posees*. Entre la suma de los conocimientos acumulados hasta entonces, y la suma de fuerza y de facilidades que, a partir de ese instante sagrado tendrás a tu disposición, hay una diferencia, y una diferencia decisiva. Es, diríase, el momento en que «se cobra el interés» del capital, interés de mil por ciento. En teoría, el interés «corre» siem-



pre, se produce siempre; pero de hecho, hay un momento en que «se cobra», en que aumenta el capital, mejor dicho: en que se vuelve «capital» de verdad lo que antes no era sino dinero. En teoría, la planta brota de la tierra por una acción continua; pero, de hecho, hay un momento, un momento *histórico,* en que «hay» planta, en que «tenemos» planta. Fórmase la criatura animal largamente; pero hay un momento en que «nace». Así en la invención. El sabio madura mucho tiempo la invención que ha de venir; pero la invención, en sí misma, se realiza en el tiempo de un relámpago. Así también en la ruptura del espíritu religioso, conversión o pérdida de fe. La tempestad viene de lejos; pero la fe se adquiere en el tiempo de caer de caballo camino de Damasco. Así, finalmente, en cualquier aprendizaje. Estudiamos meses y meses el alemán: lo sabemos en un minuto. Silabea el párvulo torpemente: una mañana se levanta pudien-

do leer. Cualquier adquisición mental se cifra, en rigor, en una intuición, pero le hemos preparado largos razonamientos. No es la adquisición el efecto de los razonamientos. En vano buscaríamos en éstos la causa eficiente de aquélla; pero aquélla es el *premio* de éstos, o tal vez mejor, el premio a la *actitud* que éstos imponen y, como si dijéramos, la *recompensa a la humildad* que ha tenido el razonador... Sí; hay que empezar por lo exterior, hay que empezar por la actitud. Hay que abandonar todo orgullo. «Toma agua bendita — diremos siempre con Pascal, — toma agua bendita.»



LO que yo he llamado alguna vez *paradoja de la invención,* consiste en lo siguiente: de una parte, todo invento, todo descubrimiento científico, es hijo de la casualidad. De otra parte, únicamente realizan invenciones serias, descubrimientos científicos, los sabios. ¿Hay aquí una contradicción? No. Vuelve siempre, Estudiante, a la concepción psicológica periférica. La invención, el descubrimiento, no son *un efecto* de la erudición, del continuado estudio, de la actitud vital y aun profesional; pero son *su recompensa,*— el milagro de que se hace gracia a la larga humildad y únicamente a ella. Inspiración, intuición genial, no son efecto del razona-

miento, pero le siguen. Y el mismo razonamiento sigue a la memorización. Y la memorización, a su vez, sin que pueda decirse que sus causas sean el esfuerzo áspero, la disciplina, la lectura, el darse a cosas por las cuales no se siente amor, sigue a todos estos *ejercicios,* y nace también en un momento gracioso en que después de haber repetido una cosa dos, veinte, cien veces, se la recuerda... Que es altiva señora la Sabiduría y sólo alcanzará sus favores quien antes se haya arrodillado ante ella.

Estudiante, arrodíllate. Pedagogos, haced arrodillar, haced arrodillar. Para aprender las lenguas aun no se ha inventado nada mejor que las gramáticas. Para aprender a multiplicar aun no se ha inventado nada mejor que la tabla de multiplicar. Cuantos, con preocupaciones ochocentistas y sometidos a la superstición de lo espontáneo, han querido llevar hasta su extremo lógico la metodología de lo «ra-



zonable», de lo «intuitivo», de lo «fácil», de lo «atrayente», del interés sin conocimiento previo, han tenido que confesar, si son sinceros, su fracaso... No pueden impunemente olvidarse las primeras palabras del evangelio del conocimiento.

Muchos escollos, muchos peligros, ¡oh, mi querido Estudiante!, encontrará tu navegación. Este de la tentación de facilidad, es el peor, porque es una sirena. Este es el peor, porque saca sus víctimas de entre los espíritus mejores.